

LUIS MARÍA MENDIZÁBAL, S.J.

VIVIR CON DIOS

Lecciones sobre la oración

Edición preparada por
Pablo Cervera Barranco


FONTE
GRUPO EDITORIAL

© Luis María Mendizábal
© Grupo Editorial Fonte
P. del Empecinado, 1; Apdo. 19 - 09080 - Burgos
Tfno.: 947 25 60 61

www.montecarmelo.com
www.grupoeditorialfonte.com
editorial@grupoeditorialfonte.com

ISBN: 978-84-10023-56-7
Depósito Legal: BU-314-2024

Impresión y Encuadernación
Grupo Editorial Fonte - Burgos
Impreso en España. Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y s. del Código Penal).

Índice

Prólogo	7
---------------	---

Parte I Vivir con Dios

1. Importancia de la oración en el momento actual de la Iglesia	13
2. Visión fundamental de la oración cristiana. Actitud filial del cristiano	23
3. Contenido múltiple de la actitud filial: alabanza, adoración, agradecimiento	31
4. La vida de oración como relación interpersonal	41
5. Consecuencias de la relación interpersonal	51
6. Grados hacia la unión con Dios	61
7. La unión de voluntad	71
8. La actitud oracional como receptividad	81
9. Oración de la persona entera	91
10. La oración de petición. Presupuestos	99
11. La oración de petición es obra del Espíritu Santo	109
12. La oración solitaria. Dificultades vitales	121
13. Sentido de la oración solitaria	131
14. Oración solitaria y oración litúrgica	141
15. Contemplación meditativa de los misterios de Cristo	151

16. Formas de oración	161
17. Métodos y maneras de oración	171
18. Introducción a la oración personal	181
19. Preparación práctica para la oración. Pureza de corazón	191
20. Principios firmes en las vicisitudes	201

Parte II

Camino del encuentro con Dios

1. Oración cristiana	213
2. Visión fundamental de la oración cristiana. Actitud filial del cristiano	231
3. Objeciones que revelan obstáculos	249
4. Ascesis de la oración	267
5. Oración y esperanza cristiana	285
Algunas publicaciones del P. Luis M ^a Mendizábal, SJ	303

Prólogo

Una de las gracias que he recibido en mi vida ha sido conocer, cuando aún era un joven universitario, al P. Luis M^a Mendizábal. Formaba yo parte de una Congregación Mariana cuya sede estaba en la Casa profesa de la Compañía de Jesús en la calle Maldonado de Madrid, y alguna vez habíamos saludado a este siempre sonriente jesuita. Pero le conocimos más de cerca cuando, en septiembre de 1977, nos invitó a algunos jóvenes de dicho grupo a tomar parte en una Asamblea del Apostolado de la Oración que, en calidad de Director Nacional del mismo en España, Mendizábal había organizado en Ávila; el tema de fondo de esas jornadas fue precisamente la oración¹.

En esa reunión conocimos a jóvenes de otros movimientos apostólicos, y ahí estuvo el germen de una agrupación de diversas realidades eclesiales, «Jóvenes por el Reino de Cristo» (JRC), que coincidíamos en los fundamentos espirituales del Apostolado de la Oración, en cuyo seno nos acogió su entonces Director. De su apoyo y consejo pudimos disfrutar a partir de 1978 en numerosas actividades de JRC, que con los años dio lugar a ramas semejantes de adultos y familias, integrados todas en «Reino de Cristo» (RC). Tanto en ese ámbito, como posteriormente en otros de formación y vida sacerdotal, he podido escuchar al P. Mendizábal en muchas conferencias, meditaciones (especialmente en diversas tandas de Ejercicios, incluida la del mes), retiros, cursillos, tertulias, conversaciones personales, etc.

¹ Las ponencias de este encuentro se recogieron en *La Oración, fuerza vital de la Iglesia. Semana de Teología y Pastoral, Ávila, 1977* (EGDA, Madrid 1978).

Sin duda, el centro de su reflexión teológica espiritual y acción apostólica fue *el misterio del Corazón de Cristo*, cuyo núcleo él expresaba así: Jesucristo resucitado y vivo, de Corazón palpitante, que nos invita a la amistad íntima con Él y a la colaboración en su obra redentora, ofreciéndonos con Cristo al Padre de la mano de María, para bien de la Iglesia y del mundo entero; un ofrecimiento que fomenta el Apostolado de la Oración, obra pontificia que dirigió durante veinticinco años en España (1969-1994).

Es obvia la conexión de la espiritualidad del Corazón de Jesús con la oración, que fomentó mucho nuestro jesuita, no solo a través de las innumerables tandas de Ejercicios y retiros que dirigió en su vida, e impulsando grupos de oración, sino también escribiendo sobre el tema², o impartiendo cursillos sobre la misma, algunos de los cuales fueron grabados ex profeso en estudios profesionales para poderse distribuir en las casetes que usábamos hace años.

Precisamente, la presente obra recoge la transcripción de dos de esos cursos de nuestro autor, grabados entre los años setenta y ochenta del pasado siglo y distribuidos por la Dirección Nacional del Apostolado de la Oración. No se trata, pues, de una obra académica, sino de conferencias de alta divulgación que, fundamentadas en la Teología Espiritual, de la que el P. Mendizábal fue profesor en la Universidad Gregoriana de Roma y en la Facultad de Teología de Burgos, ponen al alcance de todos las orientaciones fundamentales para iniciarse y avanzar en la vida de oración.

En ellas encontramos ideas, consejos y ejemplos que durante años pudimos escucharle, y que nos han ayudado tanto en nuestra vida espiritual como en nuestra acción apostólica y pastoral.

Este hombre enamorado del Señor nos invitaba a la contemplación de la humanidad de Jesucristo, clave tanto en su propia espiritualidad ignaciana como en la de santa Teresa de Jesús, que conocía bien,

² Véanse, por ejemplo, dentro de su *Dirección espiritual* (BAC, Madrid 1978), un clásico sobre la materia, las páginas 134-163 que dedica a la formación de la actitud oracional, constituyendo un breve pero sustancioso tratado sobre la oración.

y nos introducía en esa contemplación a través de sabrosas meditaciones en sus Ejercicios³. El conocimiento vivencial de Cristo nos va llevando a su amor y seguimiento, por lo que se nota la autenticidad de la oración en que va formando en el fiel un corazón filial y fraternal, cada vez más semejante al del Señor. Nos ponía con frecuencia el sencillo ejemplo de los garbanzos, que deben ponerse a remojo antes de cocinarlos; análogamente, la oración nos pone a remojo en Dios, y así se va reblandeciendo el corazón soberbio y egoísta⁴.

Por tanto, la oración no es una introspección solipsista, ni una práctica al margen de la vida, sino el momento fuerte del *ser de Dios*, cuyo test más seguro es el *ser para los hermanos*, todo lo cual precisa del *no ser de mi yo egoísta*, la abnegación interior. En definitiva, el estado oracional es el grado de filiación divina conscientemente vivido, que se expresa en el recurso fácil, confiado, humilde y continuo al Señor. La auténtica oración eleva la vida. Sin olvidar que para encontrar a Dios en todas las cosas son precisos tiempos consagrados en exclusiva a la oración solitaria, en la dedicación del ser entero al trato íntimo con el Señor. En efecto, aunque toda buena acción del cristiano debe tener una dimensión orante, no podemos concluir que «todo es oración».

Encontraremos en estas charlas el acento en la iniciativa divina de la oración cristiana, que no es conquista de nuestra voluntad, sino don de la gracia, que hay que pedir. La oración no es una simple actividad nuestra ordenada, sino verdadero contacto vital con Dios en Cristo; por tanto, es obra del Espíritu Santo. Lo cual no obsta a la colaboración humana, especialmente necesaria en las primeras etapas del orante, al que ayudarán generalmente libros, métodos, fidelidad al tiempo de la oración, perseverancia en los momentos de sequedad y aburrimiento (nos hablaba de la «devoción al santo clavo»)... Sin embargo, no se trata de una mera fidelidad material

³ Se han ido publicando diversas obras que recogen muchas de esas meditaciones. Quizás la más difundida sea *Los Misterios de la Vida de Cristo* (BAC, Madrid 2016).

⁴ Es muy simpática, a este respecto, una definición de la oración que él hizo muy famosa: «Oración es ponerse a remojo en Dios y no hay bacalao que se le resista».

voluntarista, ni de pretender dominar la oración como si fuera una materia de estudio; como tampoco el conveniente recogimiento consiste en la obsesión por concentrarse en un texto o idea, sino en la apertura del corazón a Cristo vivo, que se me quiere comunicar. Como decía santa Ángela de Foligno, oración es «donde se encuentra Dios». El equilibrio entre la actividad del orante, lejos de un perezoso quietismo, y la apertura a las comunicaciones pasivas e infusas del Señor, lo expresaba el autor con el ejemplo del *ceda el paso*: debemos poner una diligente colaboración de nuestra parte, pero si el Señor se manifiesta por otros caminos, le cederemos el paso con gusto, sin aferrarnos a nuestros planes y métodos.

Apreciamos ahí, como en muchos otros temas, el equilibrio que caracterizaba al P. Mendizábal, que nos animaba a superar rigideces y exclusivismos, y a integrar con flexibilidad y docilidad al Espíritu Santo las diversas dimensiones de la fe católica y de su vivencia práctica. En este campo concreto de la oración, uniendo oración litúrgica y solitaria, personal y comunitaria, de petición y de alabanza, vocal, meditativa, afectiva y contemplativa, activa y pasiva...

No quisiera terminar estas palabras sin felicitar y agradecer a Pablo Cervera la ingente labor editorial que lleva años realizando, poniendo al alcance de todos obras de gran valor; entre ellas, las de este maestro y apóstol del Corazón de Jesús, que a tantos nos ayudó en nuestra vida.

Invitamos, pues, al lector a leer y asimilar con calma estas enseñanzas que, expresadas oralmente hace medio siglo, siguen teniendo la misma virtualidad de orientar al que busca *tratar de amistad con quien sabemos nos ama*. Veo muy providencial la circunstancia de que este libro se publique en el Año de la Oración 2024 proclamado por el papa Francisco. Las páginas del P. Mendizábal nos ayudarán a entrar en el objetivo que el Santo Padre pretende para todos los católicos.

LUIS FERNANDO DE PRADA ÁLVAREZ
Director Editorial de Radio María (España)
Madrid, 16 de julio de 2024
Ntra. Sra. del Carmen

PARTE I.

VIVIR CON DIOS

Importancia de la oración en el momento actual de la Iglesia

Cuando queremos hablar de la oración, tenemos que subrayar que hablamos de la oración cristiana, que es totalmente distinta de lo que sería una oración pagana, o simplemente de la oración que no fuera cristiana. Por eso, cuando comparando con la historia de las religiones, se habla de que también en religiones primitivas hay oración, no tenemos que caer en la trampa de compararlas o considerarlas como si fueran iguales, o de querer aplicar aquellas oraciones y aquella forma de oración a la oración cristiana.

No se trata pues, de estudiar la oración como fenómeno religioso de la historia, sino que insistimos en el matiz que tiene el hijo de Dios que es el cristiano. Ahí está la clave de la oración. El fundamento de la oración cristiana está en que hemos sido hechos hijos: ahí está la trama profunda. Y esto es algo que tiene que penetrar y emparar la oración cristiana en su realización vital.

La oración cristiana es una actitud propia del hijo de Dios. Entonces se ve muy claro que se distingue de la del pagano, de la oración del que no ha sido introducido todavía en la intimidad de Dios. Y podemos enunciar una consecuencia lógica: cada intimidad con Dios tiene su forma propia de oración. En este sentido, podemos

decir que cada uno tiene que tener «su oración», que corresponde al grado de su intimidad con Dios. Esto es también bastante lógico, es inseparable.

La oración no es, pues, una actividad o una actitud artificial. La oración es una expresión de nuestra vida, de nuestra realidad, de nuestra conversación con Dios. Y así, es muy interesante que en los antiguos Padres del oriente, el que quería iniciarse en la vida cristiana y en la vida de oración, recibía lecciones del Padre que le introducía en la oración, en las formas diversas. Pero cualquiera de las formas que él tuviera que realizar, lo debía hacer siempre bajo la dirección del maestro, porque era el que tenía que decidir, para que no fuera artificial, cuál era la oración que correspondía a la verdad de su vida.

Por tanto, la oración de una persona consagrada no es la misma que la de un simple fiel; en teoría, al menos, no debe ser la misma. Tiene que tener el matiz propio de su consagración y la intimidad correspondiente a esa consagración hecha por Dios. Estará toda la oración matizada por esa consagración, y debe expresar, particularmente en aquel momento más íntimo de su conversación con Cristo y con el Padre, su carácter de «entregado totalmente a Dios sumamente amado».

El tema de la oración cristiana —que es así tan específico— es también muy actual, es muy importante. Hoy podríamos decir que para la Iglesia es un problema clave. Es verdad que existen muchos problemas: existen problemas en el campo social, en el campo económico, en el campo catequético. Pero creo que entre todos ellos, tiene especial importancia el problema de la santidad, y, por tanto, el problema de la oración.

Apareció en un número dominical de una revista española una conversación con Von Braun, el padre de los cohetes espaciales, el que ha llevado la dirección de esas investigaciones, ese hombre ya famoso en el campo de la ciencia. Este hombre, Von Braun, no era católico, y en aquella conversación hablaba precisamente de la ne-

cesidad de la oración en el mundo de hoy y decía que «el mundo está realizando un progreso técnico ingente, pero que la pregunta que tiene uno que plantearse es ésta: ¿Está el hombre capacitado para emplear bien ese progreso técnico?». Y respondía en aquella conversación que no, y que «no lo estará si no hace oración». Es sorprendente: un técnico de esa categoría, que dice esto públicamente en una conversación destinada al público. Y es verdad.

Estamos promoviendo mucho a la gente. Debemos hacerlo, es cierto. Pero no olvidemos una cosa: que todo el progreso material, toda la promoción material, si el corazón no se hace bueno, no se hace cristiano, lleva más a guerras y a nuevas guerras. Porque la característica nuestra es que estamos fundando el progreso mismo en el egoísmo, y el egoísmo lleva después a la confrontación y a la lucha. Lo estamos advirtiendo, y es el enorme problema que preocupa hoy tanto a los sociólogos, a saber: que el obrero mismo de hoy es capitalista en su corazón. Se habla del capitalismo y resulta que luego, el mismo obrero es, en su corazón, capitalista. De tal manera que cuando puede, se aprovecha de su hermano para su ventaja, porque lo que le va interesando es el dinero. Es una mentalidad totalmente capitalista: busca tener dinero por encima de cualquier otra cosa.

Por lo tanto, creo que sí podemos decir en verdad que mientras no tengamos un corazón cristiano, un corazón que tiene una postura interior humana, bondadosa, cristiana ante los demás, ¡ante los mismos bienes!, no vamos llevando al mundo a una verdadera hermandad y unión, sino que estamos metiendo dentro del corazón del hombre los fundamentos de una confrontación continua, porque estamos poniendo en ese corazón la misma ambición que tiene el capitalista que se ha aprovechado de él, que le ha explotado. Y ahora, esa misma actitud y postura la vamos poniendo en su corazón, lo cual no nos va a llevar a la paz.

Esta consideración es de una importancia enorme, y por ignorarla es por lo que estamos cayendo en un horizontalismo exagerado y dañoso para nosotros mismos. No vamos por el camino de

la paz, por esto, porque el Señor nos ha indicado muy bien y nos ha enseñado que lo que tenemos que poner ante todo es un corazón cristiano con una postura cristiana ante las realidades, ante los bienes materiales, ante el hermano, ante Dios. Y si tuviéramos ese corazón cristiano y si todo el progreso técnico estuviese dirigido por corazones evangélicos, nuestra vida sobre la tierra sería «la antesala del cielo». Pero hasta entonces no. Obtendremos quizás ventajas materiales, pero con corazones egoístas, y eso no puede dar la paz ni el verdadero progreso pleno de la humanidad.

Por eso, tenía razón Von Braun cuando decía que el mundo necesita oración, necesita dependencia de Dios, necesita conformarse con la caridad de Dios. Naturalmente que un juicio así era un juicio de un hombre que es científico y por eso su testimonio tiene un particular valor. No se puede decir que es persona sospechosa en la materia.

Pero notemos también que las circunstancias actuales presentan ciertos parecidos con las circunstancias en las cuales brotó el protestantismo. Hace unos años, hablando el Papa de los problemas del mundo actual decía una frase impresionante: «Estudad el ambiente de la Reforma, del fenómeno protestante, y encontraréis allí los problemas y las soluciones que propone el mundo de hoy». Observación interesante que hay que tener muy en cuenta.

El historiador alemán Lortz, que ha escrito una de las mejores historias del protestantismo en Alemania*, decía que «el fenómeno del protestantismo fue posible porque los responsables de la Iglesia no querían reconocer que había herejía». Se decía que era otra concepción. Y, según afirma Gedain, esto es lo que más favoreció de hecho a la implantación del protestantismo. Pues bien, este Lortz, gran conocedor de la época, un hombre muy benigno —incluso afectivamente— a Lutero, a su personalidad, a su figura histórica, llega a decir en su gran obra sobre la Reforma en Alemania, que «lo que puso entonces en crisis la cristiandad fue sobre todo un proceso

* NdE: J. LORTZ, *Historia de la Reforma*, 2 vols. (Taurus, Madrid 1964).

de desvirtuación de la oración». Y él cree —es opinión de este historiador, opinión respetable— que «la Iglesia católica se pudo salvar entonces porque supo hacer brotar de su seno personas, hombres que redescubrieron el sentido de la oración. Por ejemplo, san Ignacio de Loyola con sus Ejercicios, santa Teresa de Jesús, san Juan de la Cruz, san Juan de Ávila...». Una constelación de gente que redescubrió y transmitió al pueblo el sentido de la oración.

Hoy nos encontramos con una crisis parecida también. El Cardenal Léger, que fue Arzobispo de Montreal, que dejó el Arzobispado para irse al Camerún a cuidar leprosos, y que en el Concilio fue uno de los Obispos más valientes y, podríamos decir, hasta cierto punto contestatarios, dice en una declaración suya: «La Iglesia hoy está ciertamente en estado de grave malestar, y lo está porque se habla demasiado y no se tiene tiempo de reflexionar, de meditar, de orar, de estudiar».

Y por citar otro testimonio, Oscar Cullmann, no católico, famoso pensador, en una intervención suya en Estrasburgo en el Coloquio de Intelectuales Cristianos decía que «la crisis actual de la Iglesia —que hay que reconocer que existe y que él denuncia con toda su gravedad— no tendrá solución sino por la vuelta a la fe por la oración y la meditación».

Tenemos, pues, necesidad urgente de cristianos que en la oración redescubran su vocación más radicalmente contestataria, que es la de la santidad, primero la propia y luego la de los demás.

El Espíritu Santo, de hecho, está suscitando en todas partes hambre de oración. Es un fenómeno actual. Podríamos decir que, hasta cierto punto, el movimiento de oración está hoy de moda. Estos fenómenos son, por una parte, muy positivos, porque indican una necesidad, indican una dimensión que se encuentra vacía de algo y que, por lo tanto, se busca llenar ese vacío de infinitas maneras. Pero, por otro lado, estos fenómenos merecen un poco de reserva, porque las cosas que se hacen como «moda» suscitan siempre una pequeña reserva. Como no se cuida mucho, pueden quedar en un cierto grado de superficialidad.

El hecho está ahí: por todas partes surgen movimientos de oración, de tipos diversos —tendremos oportunidad de hablar de algunos de ellos—: Grupos de Oración, de Oración y de Amistad, Grupos Carismáticos, Pentecostales Católicos, corrientes orientalistas de aprovechamiento cristiano del yoga, del zen, formas de meditación trascendental... Ése es el fenómeno. Sólo en Barcelona se hizo hace unos años el cálculo de que en esas sesiones de meditación trascendental participaban unos cuatro mil jóvenes. Todo este fenómeno es significativo. Está indicándonos que hemos descuidado una dimensión importantísima. La hemos descuidado quizás por nuestro mismo modo de proceder, quizás por nuestra actuación ante los demás, quizás por un complejo de inferioridad que se nos ha ido metiendo, a fuerza de repetirnos que no hay que alienarse del mundo, que la oración es una alineación y cosas semejantes. El hecho es que lo hemos descuidado. Y ahora resulta que la juventud se va a buscar, incluso fuera del cristianismo, métodos de meditación y de oración, como si no tuviéramos unas fuentes maravillosas de una auténtica vida de oración.

Pero, además, esta tendencia presenta un peligro, mezclando la oración cristiana y confundiéndola con cualquier actividad de meditación trascendental, cosa que en ningún caso debe identificarse.

Es necesario que tengamos valor para introducir a la juventud en auténtica oración. ¡La juventud hambrea esta oración! Aunque no siempre puramente, es verdad, pero la hambrea. Y si no les damos cauces auténticos, irán a beber de las corrientes exotéricas orientales, de todo tipo. Es la preocupación del Papa, que va manifestando frecuentemente en sus alocuciones.

Podemos, pues, decir que hoy día la salvación de la Iglesia y del mundo ha de venir en gran parte de la oración; evidentemente, no de la oración aislada, sino dentro del conjunto de las exigencias evangélicas. Éste es otro punto que siempre nos amenaza: el error continuo a lo largo de toda la historia de la espiritualidad, que consiste en tomar una cosa que tiene valor, sobreexaltar ese valor que tiene,

y luego declararlo sustitutivo de todo lo demás. Esto lo vemos continuamente en la historia. Por ejemplo, viene un momento de éstos y dice: —«¡La oración es el gran valor!, ¡la oración es la gran arma!». ¡Y es verdad! Tiene mucho valor, tiene un valor excelente. Y entonces se repite, y una y otra vez, y la oración y sobre todo la oración y la oración. ¿Y qué resulta? Que hay que orar y nada más: «—Pues mire usted, con tal de orar, todo lo demás tiene poca importancia. ¡Orar, sobre todo orar, y basta! ¡Con que ore, ya está todo hecho!». Pues es equivocado. Se ha ido exaltando ese valor y ahora se lo declara como elemento único, sustitutivo de todo lo demás. Y eso ya es equivocado.

Esto lo encontramos en todos los campos. Lo mismo pasa con la caridad fraterna, el amor al prójimo. Muy bien. Entonces ¿qué? —«Pues amar al prójimo y hacer bien al prójimo». —«¿Y a Dios?». —«Pues mire usted, amar al prójimo, lo dice san Juan, amar al prójimo, con eso está todo». —«¿Y cómo anda usted de oración?». —«¡No hace falta! En amar al prójimo, ahí está todo». Y estamos en el mismo error, por otro lado, pero es el mismo error.

La pobreza, ¡otro va con la pobreza!: «—Mire usted, con tal de que haya pobreza, pues ¡todo lo demás es poco importante! ¡Y éste vive en pobreza y éste es el evangelio!». —«Bien, ¿y cómo anda en oración? ¿Y cómo anda en limpieza de alma y de corazón?». —«¡Eso no tiene importancia! ¡La pobreza!, la pobreza es el valor supremo». De nuevo en el mismo error, estamos otra vez.

Siempre es característica de nuestra limitación tomar un elemento y exaltarlo y exclusivizarlo y reducirnos a él. Es el error continuo. Porque la doctrina del evangelio es muy compleja y no puede reducirse a un «o lo uno o lo otro», sino que tiene que hacer «lo uno y lo otro», como decía el Señor muchas veces: —«Aquello hay que hacer y esto no omitirlo». Ahí es donde tenemos que estar muy atentos.

La posición importante es siempre la fidelidad al conjunto de las exigencias evangélicas. Por lo tanto, si vamos a tratar de oración, en ningún caso es mi intención —y sería una equivocación radical— pretender que esto sea lo único, ¡ni mucho menos! Esto hay que en-

cuadrarlo en todo el conjunto de las exigencias evangélicas. Y cuando uno se encuentra con personas que son muy de oración y están muy aferradas a la oración, y resulta que son tan duras en el juicio propio como antes y tan insoportables como antes, pues aquí hay algo que no funciona. Y en el fondo, tendríamos que decir que esa oración no es oración, falla algo. Porque no puede ser que sea oración transformativa en el Señor sin que eso trascienda luego a toda la vida. Tiene que trascender, después de un cierto tiempo. Porque un tiempo hay que darle. Algunos querrían que apenas puesto en oración, se transformase. Hay que darle tiempo. Pero después de un cierto tiempo, debe existir una transformación y una elevación de todo el nivel de la vida. Entendemos, por tanto, la oración dentro de ese conjunto de todas las exigencias evangélicas que deben realizarse.

Más. No llegaremos a la oración plena si esa oración no está acompañada de la fidelidad en todo lo demás. De lo contrario, será únicamente un hecho psicológico, pero no será un verdadero encuentro vital de amor con el Señor.

Cuando se trata de la oración tal como lo venimos encuadrando, ¿cómo vamos a plantear nuestra exposición de la oración? Se presentan dificultades respecto de la oración. Hoy día hay muchos campos desde los cuales se presentan esas dificultades. Al presentársenos las dificultades concretas se nos urge: «—¿Cómo resuelves esta dificultad?». Esas dificultades pueden surgir muchas veces de una experiencia más o menos feliz que uno ha hecho. Entonces la víctima las proyecta y las generaliza. No ha hecho bien su experiencia de oración y viene a decirnos que es que «en la Iglesia pasa esto». No es legítimo generalizar tanto. Mejor sería que dijeras que «a ti te ha pasado esto». Porque, a veces, con la oración uno descuida lo demás. ¿Te ha pasado? Pues corrígelo, corrígelo. Pero esa generalización no es legítima, no es leal.

Muchas veces las dificultades suelen ser producto de la propia experiencia. No ha llegado a obtener el grado que había soñado, el grado que uno había figurado a su manera: «Voy a llegar a tal grado

de oración». No ha llegado a ese grado de oración y luego viene el desaliento, la amargura, repetir que es inútil, que total, todo eso es cuento, eso no se obtiene, de hecho no se llega.

Y claro, el campo de la oración es un campo que, por su misma esencia, se presta a ciertas imaginaciones aventureras, las cuales, leyendo un determinado autor conciben las comunicaciones de Dios a su manera: ciertas experiencias espirituales, ciertos grados de vida. Y resulta que muchas veces lo han entendido mal y, al ver que no tiene esas experiencias tal como las ha soñado, entonces piensa que ha sido un fracaso, cuando quizás en realidad no ha sido un fracaso.

Así pues, cuando se dice por ejemplo que la oración es egoísta, alienante, que no se deben pedir cosas a Dios, que Dios está demasiado lejos, que la meditación es una cosa meramente humana, mecánica, y cosas semejantes; en todo esto ¿cómo debemos comportarnos para responder adecuadamente? Es desacertado, en general, querer resolver esas dificultades en el contexto mismo en que se plantean, porque suelen partir muchas veces de un enfoque equivocado más general. Y si el enfoque es equivocado no se puede dar una solución acertada satisfactoria. Lo que hay que subsanar es el enfoque mismo que se presenta y que se presupone. En los presupuestos es donde se falsea la visión cristiana de la oración.

Por eso, lo que haremos es: primero, decir qué es oración, cómo se hace oración, cómo se pide evangélicamente. Y si después de exponer esto queda alguna dificultad, la escucharemos y resolveremos. Será nuestro camino.

Visión fundamental de la oración cristiana. Actitud filial del cristiano

Hablábamos de la importancia de la oración en el momento actual de la Iglesia y de la manera de plantear la cuestión de la oración. Ahora vamos a exponer ya la visión fundamental en la cual encuadraremos la oración cristiana.

Lo primero, tenemos que ver cuál es la visión cristiana de la oración. Si no tenemos esa visión cristiana, tenemos que conformarnos a ella. Y entonces, cuando nos hayamos conformado veremos que muchas dificultades se resuelven por sí solas, sólo con ver bien en qué consiste la oración. Tenemos que ir pues, a los presupuestos, que es donde aparece la visión cristiana de la oración. Vamos a hablar, pues, de esta visión cristiana de la oración.

Hay ciertas fórmulas perturbadoras que se usan bastante, como cuando se dice generalizando: —«Todo es oración», «toda la vida es oración», «veinticuatro horas al día de oración», y fórmulas semejantes. Estas expresiones así simplemente, sencillamente son falsas. Están utilizando la palabra oración en un sentido equívoco. Se puede entender bien, evidentemente, se puede entender bien. Por lo tanto, es justo que pidamos una aclaración. Pero la palabra presentada así simplemente como bandera diciendo que «todo es oración», no es

afortunada. Es como si yo dijese: —«Mire usted, todo es arte». Y es verdad, en cierta manera todo es arte: lo que hace un niño, lo que hace una cocinera, ¡todo es arte!, lo que hace el conductor de un autobús. Ahora bien, ¿qué conclusión saco de aquí? Desgraciadamente la conclusión suele ser ésta inmediata: —«Como todo es oración, no hace falta hacer oración». Eso sería como decir: —«Como todo es arte, pues no hay que dedicarse al arte, no hay que educar en el arte». Ahí está el equívoco. ¿Se puede entender que «todo es arte»? Se puede entender, evidentemente, pero máticelo bien y sobre todo, prevea la dificultad o la consecuencia que se puede sacar: «—Luego, no hay que dedicarse al estudio del arte». «—Todo es deporte». ¡Claro! «—El caminar, el hablar, el declamar, es deporte». «—Bien, supongamos, se puede decir así. Sí, sea. Pero, ¿qué consecuencia saca de aquí?». «—Luego no hay que hacer deporte, como todo es deporte». Es otro error. Es verdad que todo lo que nosotros hacemos debe tener el carácter de un ejercicio bien hecho. Y, sin embargo, a pesar de eso, hay que dedicar un tiempo al deporte, a la gimnasia, que es una preparación, que es algo que no queda excluido por el hecho de que todo en cierta manera es deporte.

Aquí tenemos una cosa parecida. Hoy hay una cierta tendencia a usar la palabra con muchos sentidos cada una de ellas. Y ¿qué ha pasado? Que las palabras han perdido su sentido. Es lógico. El P. De Lubac lo hacía notar con una limpidez, característica suya, cuando decía que: «Al dar a una palabra muchos sentidos, la palabra acaba por perder su sentido». Tiene tantos sentidos que ya no sabe uno lo que queremos decir con ella.

Pues bien, en el orden espiritual creo que estamos en la época de dar a cada palabra muchos sentidos. Así, sucede que hablamos, por ejemplo, de unión con Dios, y entonces dice uno: «—¡Pues ya estamos en gracia!, ya estamos en unión con Dios». «—Pero cuando se habla de unión con Dios en santa Teresa, ¿cree usted que habla del estado de gracia?». «—¡Pues ya lo tenemos, unión con Dios, vida de gracia! ¿Qué más quiere usted? Pues vivir en gracia y nada más».

«—Pues sí quiero más, ¡quiero más! Ese desarrollo de la vida de gracia que es el que se describe en los que se llaman estados de unión, quiero que me lo explique, quiero que me enseñe el camino de llegar a él». Por lo tanto, no confundamos los términos. Si queremos decir que se da una cierta unión, pues bien, aceptémoslo. Pero determinemos las cosas que queremos explicar, que caigamos en la cuenta de qué estamos diciendo.

En la oración sucede algo parecido: «—Todo es oración». Hay una tendencia a decir: «—Las veinticuatro horas del día oración, para mí todo es oración». Digo que de esta expresión se pueden sacar consecuencias dañosas, que no es excesivamente precisa la expresión. La misma consecuencia de que «como todo es oración no necesito dedicar tiempo a la oración», está indicando que ahí hay algo que no funciona del todo, que en esa expresión hay algo que no marcha. Porque, aun cuando en cierta manera pueda decirse de nuestra vida de oración, se puede llamar así, pero hay que matizarla. Mejor sería quizás hablar de vida de unión, de vida de colaboración con Dios, de vida de docilidad a Dios. Pero aun cuando llegáramos a ese ideal de vida de unión, de vivir siempre en docilidad y en unión con Dios, con todo, sería más exacto no llamarle a eso oración, y recalcar que, con todo, necesitamos ratos de verdadera oración.

Por tanto, yo nunca diría: «Todo es oración». No me parece suficientemente exacto. Podría decirse: «Todo puede tener una dimensión oracional». Digo una dimensión, que es un aspecto de la actuación humana, que tiene algo de oracional. Esto sí lo aceptaría sin más. Todo puede tener, porque no es tan fácil que de hecho lo tenga, porque no basta para ello una simple rectitud de voluntad. Todo puede tener dimensión oracional, pero la oración formal es algo distinto: toma la persona entera dedicándola en actitud de sacrificio total, de ofrecimiento al íntimo contacto de intimidad con Dios.

Vamos a tratar de esta actitud cristiana filial, vamos a partir de aquí. ¿Cómo es la vida cristiana a la que somos llamados como hijos

de Dios? Vamos a partir de aquí, de las relaciones interpersonales que establecemos con Dios en Cristo.

Es propio del cristiano estar abierto a Dios, propio del cristiano estar abierto a Dios como a Padre de verdad, como a Padre, con la abertura propia de su vocación cristiana. A veces se llama a esto dimensión vertical de la existencia. De todas maneras, habría que recalcar esto: que es propio del cristiano en todo momento estar abierto al Padre siempre, siempre. En todo momento el cristiano es hijo de Dios. En todo momento tiene esa dimensión vertical. En todo momento debe tener espíritu de abertura. A esto sí lo podemos llamar dimensión oracional de la existencia. Es el camino del alma, es el camino de su elevación: irse elevando, entendiendo que ese irse elevando no significa separarse del cuerpo, como si una parte de nuestra actividad o, como decimos, el alma se separa cada vez más del cuerpo, sino entendemos que es elevarse el ser entero cada vez más a un nivel más cercano de Dios, más íntimo de Dios, y consiguientemente —notadlo— más cercano a los hombres. Esto es fundamental, importantísimo.

Es sacrílego pensar que acercarse a Dios aleje de los hombres. Es sacrílego. Más aún: nunca seremos hermanos de verdad si no somos hijos de Dios. Esto también es claro. Conviene reconocerlo. Yo a una persona no puedo llamarla «hermano», a no ser sólo de nombre, mientras no seamos hijos del mismo Padre. Mientras no sea hijo de verdad no es hermano de verdad; sólo, a lo más, de designación extrínseca. Esto es fundamental y aquí está todo. Y no hay ninguna fabricación de hermanos sino fabricando hijos, y no hay otro camino.

Ahora bien, cuando nosotros nos acercamos a Dios como Padre, automáticamente nos acercamos al hombre como hermano. Más aún: nadie más cercano a los hombres que Dios. Y nunca nosotros nos acercaremos tanto a los hombres como cuando nos identifiquemos con Dios, porque nadie es más cercano al hombre que Dios. Y claro, ésta es la unidad cristiana y esto es el amor cristiano. «Para ir hasta el fondo del amor fraterno tenemos que recordar que Cristo

exige de nosotros un amor personal», como decía sintéticamente el Cardenal Pellegrino.

Así pues, nuestro ser entero tiene que irse elevando hacia Dios y, por lo tanto, acercándose a los demás, a los hermanos de verdad.

¿Qué es entonces ese estado filial en que tenemos que vivir, ese estado con dimensión oracional? Pues simplemente es el grado de filiación divina conscientemente vivido, eso es. Es el grado de filiación divina adquirido y conscientemente vivido: vivir conscientemente como hijo de Dios, con las consecuencias que se derivan de ser hijo de Dios. Ése es nuestro nivel oracional, nuestro nivel dialogal con Dios está aquí.

Algunas personas se preguntan: «—¿Qué podía hacer yo para elevar mi vida, para que sea mi vida más perfecta?». Se les puede dar este consejo: «—Vive en todo momento y haz cada cosa como hijo de Dios, con ese matiz en todo: cuando trabajas, trabaja como hijo de Dios; cuando te diviertes, diviértete como hijo de Dios, ¡en todo!». Y eso eleva la vida entera, eleva su nivel. Porque ese decir como hijo de Dios no es una especie de ficción, de artificialidad, sino quiere decir como hijo de Dios que eres. Nos lo dice san Juan: «Éste es el amor que nos tiene el Padre, que no sólo nos llama hijos, sino que lo somos». Y san Pablo insiste repetidas veces en que «somos hijos de Dios queridísimos». Éste es el misterio cristiano y esto es lo admirable del misterio cristiano.

La vida cristiana, y la oración integrada en ella, es vida real. No es un montaje, no es una ficción. ¿Qué es ser santo? Pues vivir de veras lo que somos, ¡nada más! El santo es el que vive de verdad lo que es. Lo que pasa es que nosotros somos artificiales. Vivimos de ficción, vivimos en muchas cosas de mentira, de egoísmo. Pero verdadero cristiano es el que vive lo que es. ¡Es el santo!, el que vive lo que es. Y la verdad es ésta: que tenemos que estar con el Señor, que Él nos ha hecho hijos para que vivamos con Él y de Él. Ser cristiano es vivir con Cristo vivo, es vivir en Cristo con el Padre. Por eso, lo que la gracia realiza en nosotros es una divinización. Así lo llaman

profundamente los Padres orientales. Es una elevación a un nivel superior, a un horizonte superior, con unos criterios superiores, con una confianza divina, con la luz y seguridad de Dios.

El Señor mismo, indicándonos este nivel de vida, que en ese sentido tiene siempre un carácter de diálogo, de conversación, nos propone como modelo ejemplar la vida de Cristo con el Padre: «Que sean uno en nosotros como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, que ellos sean uno en nosotros». ¿Cuál es el punto de comparación? «Como Tú, Padre, en Mí y Yo en Ti, que ellos sean uno en nosotros». En san Juan esa expresión «como», ese comparativo significa semejanza y participación. Ese «uno» no es simplemente la unión de naturaleza, no sólo la unión de naturaleza —¡también lo es!—, sino que lleva consigo también la unión de amor, de vida íntima. O sea que el ejemplo para nosotros es la unión de amor de Cristo con el Padre: como Cristo en la dependencia del Padre, así nuestra vida en la dependencia de Cristo.

Vivir de verdad esa comunión con Cristo y con el Padre, eso es ser cristiano, con todas las consecuencias que lleva consigo el tener en nosotros el amor del Padre hacia los demás. Vivir «en espíritu y en verdad», vivir en Cristo y en el Espíritu Santo, en esa acción continua del Espíritu que hace vida en nosotros la palabra de Cristo y Cristo mismo.

San Juan en su primera Carta, cuando anuncia el gran mensaje, la gran noticia, dice a los fieles: «Os anunciamos ¡lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que nuestras manos han tocado del Verbo de la Vida! Y lo que anunciamos es ¡que tenéis comunión con nosotros y que nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo!». «Nuestra comunión», es decir, nuestra vida de amor con el Padre y con su Hijo Jesucristo, nuestra vida de intimidad familiar. Hemos sido elevados a la intimidad familiar del Padre y del Hijo. Hemos sido introducidos en la vida trinitaria. Y el cristiano vive ya desde ahora esa vida trinitaria, y la vive en esa comunión de amor.

Por eso, aun cuando la oración misma llegue a su forma concreta de oración, no va a ser sino vida, nada más, esa vida actual vivida «en espíritu y en verdad», no en ficción. Es y será estar con el Padre,